

rras extranjeras; de vivir al aire libre; de llevar un uniforme y marchar al son de la charanga. Los hombres de esta clase no consideraron la guerra sino como una oportunidad para romper las cadenas que los ataban a la vida consuetudinaria y vulgar. La guerra significaba para ellos a lo menos un cambio.

A otros los impulsó el odio al enemigo, que en aquella época era sólo antipatía de raza, que nada tenía que hacer con esta guerra en particular. Este odio primitivo, hay que distinguirlo del odio más complejo que sobrevino luégo como resultado del relato de las atrocidades cometidas por el enemigo. Ese odio primitivo fué tan ciego y tan amoral como el odio en las reyertas entre tribus.

Por último, en este grupo debemos poner a todos los que se alistaron bajo la influencia de la excitación de las masas, por un fenómeno de psicología de las multitudes. Estos no obedecieron a un motivo consciente. Todo el mundo se alistaba, y ellos se dejaban llevar de la corriente.

Veamos ahora la segunda clase de